ANDANZAS Y PERIPECIAS DEL GRIEGO EN EL MEDIEVO EUROPEO OCCIDENTAL

Pedro Bádenas de la Peña
C.S.I.C., Madrid

El peso y el valor de la cultura griega a través de los únicos vehículos posibles para su conocimiento y asimilación en lo que damos en llamar "cultura europea" o "cultura occidental", o sea la literatura escrita y la lengua en que se escribió –el griego– están condicionadas por dos mitos.

El primero de estos mitos se enunció con el viejo dicho de *graecum est, non legitur,* aserto con el que se pretendía dejar constancia de que, tras la aída del Imperio romano, el conocimiento de la lengua griega, y por ende el acceso a su legado escrito, había sido prácticamente imposible para el hombre ccidental. Este juicio humanístico (o mejor, prejuicio) de que "el Medievo no onocía el griego" sigue estando hoy bastante extendido, pero en el fondo es inexacto y, desde luego, su generalización es engañosa. Durante toda la Edad Media latina existió una línea –en ocasiones discontinua– del estudio y conocimiento del griego y el primer Humanismo fue el primer deudor y beneficiario de ese largo camino.

El otro mito, tan popular como el anterior, y no menos inexacto, es que la "recuperación" de las letras griegas en Occidente vino de la mano de los refugiados griegos (ex-bizantinos) que huyeron de Constantinopla tras la conquista turca de 1453.

Ninguno de ambos mitos se tiene hoy seriamente en pie y sin embargo no han desaparecido totalmente de la conciencia general ni de algunos libros de texto y, por supuesto, siguen formando parte del imaginario identificatorio de los griegos modernos como maestros de todo lo que sea a cultura y europeísmo.

El griego, en modo alguno, fue una materia ignota en el medievo occidental europeo, tampoco los refugiados griegos de mediados del siglo XV reinsertaron ellos solos el conocimiento de las letras griegas, puesto que en Italia se encontraban ya antes muchos humanistas, como Guarino, Filelfo y Policiano entre otros muchos, cuyo dominio de la lengua griega era notable, si no mayor que el de muchos griegos oriundos; dicho sea todo esto sin demérito alguno para ilustres griegos como Crisoloras, Besarión o Arguirópulos.

Fueron diversas las causas por las que el conocimiento del griego no llegó a desaparecer en el medievo occidental y que, incluso, permitieron que su estudio llegara a florecer en Saint Denis, en la Sorbona de París, en Inglaterra, en la Curia papal, en Nápoles o en otras localidades del sur de Italia. A veces se trataba de una cuestión de simple proximidad geográfica y de contactos directos con el ámbito greco-hablante, otras veces fue cuestión de opción política. Los deseos y necesidades prácticas de profundizar en teología o en conocimientos de medicina y farmacología, condujeron a la pronta traducción de escritos aristotélicos y galénicos al latín en los círculos del papa o de la corte de Nápoles. La necesidad vital para la Iglesia occidental de medirse intelectualmente y también de hacer proselitismo entre los cismáticos orientales implicó que numerosos clérigos occidentales dominaran suficientemente el griego como para poder acceder directamente al pensamiento de sus oponentes y hasta polemizar con ellos. No cabe pensar que el interés por el griego en el medievo occidental obedeciera al anhelo estético e intelectual de disfrutar con la lectura de Sófocles o de los líricos, esa idea es errónea y, además, antihistórica. Así, por ejemplo, los monjes de la abadía de Saint Denis, ya desde época carolingia, se sintieron obligados, en aras del culto a su protector San Dionisio, a recoger y traducir al latín los escritos del Areopagita; fue así como en Francia, en esta abadía, fue creándose una tradición de estudios griegos que culminaría en el siglo XII y cuyo esplendor en el XV aún no se había extinguido. Uno de los copistas más insignes de Saint Denis, Jorge Jerónimo sería maestro de griego de Budé, de Erasmo y de Reuchlin. La mayor parte de la labor traductora y copista de obras ciertas o atribuidas a Dionisio y de textos conexos, así como la abundancia de manuscritos griegos, recogidos en Oriente por los monjes, hicieron de Saint Denis uno de los focos fundamentales del conocimiento del griego en Occidente. Hasta se llegó a incluir en la liturgia abacial oraciones en griego.

Durante la Edad Media el deseo de mejorar el conocimiento de la Vulgata fue también otro poderoso instrumento que estimuló el interés por el dominio del griego. Quiero insistir en esta idea del valor instrumental del

conocimiento de la lengua. Porque –repito– en la Edad Media en Europa occidental no existía aún el deseo, ni la necesidad, de leer a los autores griegos *per se*. Eso es un concepto posterior, renacentista y que, además fue gradual y desigual. Antes del Renacimiento, las gentes de letras, los círculos cultos, no pensaban en leer a Platón Aristóteles, Esquilo u Homero porque apetecieran disfrutar o impregnarse de los exponentes más elevados del pensamiento antiguo, del drama o de la poesía. Las razones para leer, electivamente, a los griegos en lengua original o difundirlos mediante la traducción al latín eran meramente prácticas. El hombre docto medieval, por lo general persona también de iglesia y, desde luego, siempre dentro de la fe, buscaba primordialmente información en las obras de los griegos antiguos para ahondar en sus convicciones teológicas, filosóficas y mejorar utilitariamente sus conocimientos precientíficos. Un ejemplo muy revelador, en el caso de la tradición hispana, son las traducciones aragonesas, de fines del siglo XIV, de las *Vidas* de Plutarco y de los discursos contenidos en la *Historia de la guerra del Peloponeso,* de Tucídides, que mandara realizar Juan Fernández de Heredia[1] no tanto por su interés histórico, cuanto por las enseñanzas morales que de las biografías de antiguos personajes griegos y romanos pudieran resultar edificantes como lectura de príncipes.

Aún está por escribirse una historia global de los estudios de griego en el medievo europeo occidental[2], pero sí que se pueden seguir las grandes líneas por las que discurrió el conocimiento directo –traducción mediante– de la literatura griega. El acceso al griego puede rastrearse desde la remota Irlanda del siglo VII hasta el Renacimiento a través de la corte de Carlomagno, que mantuvo fuertes vínculos con Constantinopla y alumbró figuras señeras de la cultura altomedieval como Pietro de Pisa, Paolino de Aquilea y Pablo Diácono; esta tradición carolingia sobrevivió ininterrumpidamente, como acabo de señalar, en la abadía de Saint Denis

---

[1] Adelino Álvarez Rodríguez, *Las "Vidas de Hombres Ilustres" (mss. 70-72 B.N. de París), Estudio y edición,* Tesis Doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 1983. Cf. tb. Luis López Molina, *Tucídides romanceado en el siglo XIV,* Anejos del Boletín de la Real Academia Española, Madrid, 1960.

[2] En este punto contamos con obras importantes como las de Robert Weiss, *Medieval and Humanist Greek,* Padua, 1977 y Walter Berschin,*Griechisch-lateinisches Mittelalter. Von Hieronymus zu Nikolaus von Kues,* Berna, 1980 (hay trad. italiana de Enrico Livrea, *Medioevo greco-latino. Da Gerolamo a Niccol Cusano,* Nápoles, 1989. Importantes son también las Actas del Coloquio Internacional de Cassino *Rencontre de cultures dans la philosophie médiévale. Traductions et traducteurs de l'Antiquité tardive au XIVe siècle,* Jacquline Hamesse-Marta Fattori (eds.), Lovaina la Nueva - Cassino, 1990.

hasta la Revolución Francesa. De Aquisgrán el interés por el griego irradió también a la Alemania de Otón de donde pasaría a otros reinos europeos.

Una serie de acontecimientos políticos ocurridos a mediados del siglo X influyeron poderosamente en los contactos entre el imperio de los Otones y el mundo greco-bizantino: la presencia imperial en Italia (a partir de 951), la victoria de Otón I el Grande sobre los húngaros (955) y su coronación como emperador en Roma (962). En Italia los Otones salvaguardaron sus intereses entrando en conflicto con los bizantinos. La coronación de Otón I como emperador de Occidente asentaba una nueva potencia que Bizancio no podía ignorar, ya que la derrota de los húngaros franqueaba el paso hacia el este y sureste de Europa, lo que equivalía a decir la propia Constantinopla. Eruditos y monjes de las ciudades longobardas acompañaron a Otón por Italia ampliando sus conocimientos, lo cual propició el llamado "renacimiento" otoniano parejo, aunque en tono menor, al carolingio. La figura más singular de la corte de Otón fue Liutprando de Cremona, espléndido latinista y con un gran conocimiento del griego, capaz de escribir en ambas lenguas. Liutprando viajó como embajador imperial, al menos en tres ocasiones, a Constantinopla; en su originalísima obra, inacabada y de raro título, *Antapodosis*[3], esboza una historia de Bizancio, Alemania e Italia entre 888 y 949 que, al igual que su *Relación sobre la Embajada a Constantinopla*[4], muestran un vívido retablo, no exento de sarcasmo, de sus peripecias en la capital imperial constituyendo un documento extraordinario sobre la percepción occidental, más bien hostil, del Oriente griego en el siglo X, amén de suministrar una cantera de información de todo tipo sobre la cultura, vida cotidiana y la lengua en Bizancio. Liutprando fue el primer occidental en dominar la minúscula griega en cuyo conocimiento inició a los allegados de su círculo, este hecho es de por si ya muy importante porque, en general, los pocos que podían leer griego en Europa solo lo hacían en mayúscula. El griego de Liutprando no es el de la exégesis bíblica ni aquel más familiar a los eclesiásticos latinos, sino el habla cotidiana y cancilleresca. Las relaciones entre los Otones y Bizancio culminarían con el acceso de una princesa bizantina a la categoría de *regni consors et imperatrix* de Occidente a través de la boda de Otón II y Teofano, sobrina de Juan I Tsimisces (972) en la Basílica de San Pedro.

---

[3] Ed. J. Becker, *Die Werke Liudprands von Cremona*, Hannover-Leipzig, 1915 [=MGH *SRG* 41], trad. ingl. de F.A. Wright, *The Works of Liudprand of Cremona*, Londres, 1930; trad. ital. de M. Oldoni - P. Ariatta, *Italia e Bisanzio alle soglie dell'anno Mille*, Bérgamo, 1998

[4] Cf. ed. y trad. española de A.S. ocito, P.A. Cavallero y otros, *Informe de la embajada a Constantinopla*, Buenos Aires, 1994.

Durante el siglo X se multiplica el, en apariencia, extraño fenómeno de la presencia de un anacoretismo griego en Occidente. El hecho viene de lejos, pues en la Roma bizantina y postbizantina (ss. VI-IX) había habido monjes griegos, lo mismo en la Galia merovingia, donde por *graecus* se entendía a cualquier monje que procediese del sur de Italia, de Palestina o de Constantinopla. La apertura hacia Oriente en época de los Otones contribuyó a revitalizar el fenómeno, reforzado por el tráfico de peregrinos al Levante que alimentaba, por otra parte, el camino a la inversa; hallamos así huellas de monjes, y no monjes, orientales en la Lorena: en Metz, en Toul; en Mantua, en Reichenau, en Paderborn (donde, junto a la catedral, unos *graeci operarii* erigieron una capilla dedicada a San Bartolomé), en Tréveris, donde el santo anacoreta Simeón de Palestina anidó en la mismísima Porta Nigra, transformada por ello luego en un monasterio románico (1035) que perduraría hasta el siglo XIX en que el irreverente clasicismo alemán rescató el viejo monumento demoliendo la construcción románica; hasta la lejana Mastrique (Maastricht), llegaron clérigos como un tal preste Alagrecus (À"el griego"?) que identificó al santo local San Servacio como pariente de la Virgen. En Tréveris, el arzobispo Roberto (931-956), emparentado con los Otones, creó una escuela regia en la que hubo griegos. En esta escuela se produjo un psalterio greco-latino interlineal,[5] que, frente a toda costumbre, presenta el texto principal en latín y la versión griega es un ejercicio de un grecohablante que está aprendiendo latín. Existen varios psalterios otonianos bilingües, como el del Hospital de Cusa[6], a tres columnas, con el griego uncial tomado de LXX, transcripción latina minúscula y texto latino de Vulgata, que indica claramente su función escolar para familiarizarse con la lectura del griego, pero que no estaba adaptado para la función litúrgica. No solo estamos ante una producción de libros utilitarios, sino que en esta época vieron la luz códices de gran factura, como el Evangeliario de la Sainte-Chapelle[7], elaborado en Tréveris en torno al año 984, y en cuyo primer folio el Cristo en

---

[5] Treveris, Stadtbibliothek cod. 7, con un bello prólogo en unciales sobre fondo purpúreo, cf. M. Keuffer, *Verzeichnis der Handschriften der Stadtbibliothek zu Trier,* 1, Treveris, 1888, pp. 7-9.

[6] Cusan. 9 Hospitalbibliothek; el manuscrito. presenta en algunos de sus folios interesantes *probationes calami* y contiene además una suscripción del copista: *Iohanes grecus constantinopoleos orfanos et peregrinus scripsit,* cf. Gardthausen, *Griechische Paleographie,* Leipzig, 1913, vol.2, p. 258.

[7] B.N. París. lat. 8851, fol. 1v.

majestad está orlado con el salmo 144.13 en griego con bellísimas unciales[8]. Este códice fue el modelo del famosísimo *codex aureus Epternacensis* (Echternach) dedicado al emperador Enrique III, con la mandorla esta vez en letra minúscula[9] y además con grafía claramente fonética propia del griego medieval. En esta misma línea está el Evangeliario dorado de Speyer de Enrique III, hoy en El Escorial, donde las unciales griegas se emplean para transliterar el texto latino de la mandorla[10]. Otro tanto cabe decir de centros florecientes como Regensburg, Colonia, Essen o Bamberg en cuya catedral, gracias a Enrique II, se alojó el tesoro de la biblioteca imperial de los Otones; allí estaba el *Psalterium quadrupartitum* procedente de Saint Gall; en Bamberg se acometió la traducción de la novela de Alejandro napolitano (del siglo X)[11], modelo del rico y multiforme Alejandro medieval, además de un conjunto de obras sobre aritmética, geometría, música y astronomía como instrumentos de estudio del *quadrivium*.

En Italia actuaron otros factores: allí el griego en realidad el griego nunca murió; en la curia de Roma siempre existieron manuscritos griegos y personas capaces de leerlos, interpretarlos y traducirlos, además de mediar siempre, pese a las rupturas y cismas, un contacto físico, mayor o menor, con el mundo bizantino-ortodoxo.

Durante el siglo XII, algunos italianos que habían vivido en Constantinopla, como Burgundio de Pisa o Giacomo de Venecia dominaban lo suficiente el griego antiguo como para realizar versiones latinas de diversos autores clásicos. Además, en Calabria, Apulia y Sicilia existían amplias zonas de población grecohablante (todavía hoy perviven ya muy reducidas) que asimismo seguían el rito griego en la Iglesia y con una posibilidad de lectura directa de libros griegos. Los monjes basilianos, con presencia incluso en el Monte Atos, monopolizaron la vida intelectual en el Sur de Italia hasta el Renacimiento. En buena medida la actividad de estos focos culturales, que eran los monasterios de obediencia a la regla de San Basilio, se volcaba en la literatura religiosa –p.e. la primera versión latina (en 1048) sobre la recensión

---

[8] Η ΒΑΣΙΛΕΙΑ ΣΟΥ ΚΥΡΙΕ ΒΑΣΙΛΕΙΑ ΠΑΝΤΩΝ ΤΩΝ ΑΙΩΝΩΝ /ΚΑΙ ΔΙΣΠΟΤΕΙΑ ΣΟΥ ΕΝ ΠΑΣΕ ΓΕΝΕΑ ΚΑΙ ΓΕΝΕΑ = *Regnum tuum regnum omnium saeculorum et dominatio tua in omni generatione et progenie.*

[9] ο θρονος<σου ο θεος εις τον>•ονα του εονος / ραυδος ευθιτιτος η ραυδος τις βασιλιας σου = *sedes tua deus in saeculum saeculi virga directionis virga regni regni tui.*

[10] ⊡⊡ΒΗΝΗΔΙΚΘΥΜ NOMHN ΜΑΙΗΣΘΑΘΙΣ ΠΙΥC IN ΑΠΘΡΝUM ☙ΕΘ ΡΗΠΑΗΒΙΘΥΡ ΜΑΙΗCΘΑ<Ε ΗΙ> ΟΜΝΙΣ ΘΗΡΡΑ. Escorial *Vitrinas* 17.

[11] Ms. Bamberg Hist. 3 (E. III. 14); para la literatura medieval sobre Alejandro, cf. G. Cary - D. J. A. Ross, ***The Medieval Alexander***, Cambridge, 1956.

bizantina de la historia de *Barlaam y Josafat*[12] se realizó en la misma Constantinopla y en el ámbito de estos círculos monásticos–. En las bibliotecas suritálicas también se albergaban, estudiaban y copiaban importantes manuscritos de Homero, Aristóteles, Platón, Aristófanes, Euclides, Galeno, etc. Cuando el interés, ya de tipo humanista, por la cultura griega empezaba a despuntar en la Italia central y del norte, en Sicilia, Apulia y Calabria el conocimiento del griego llevaba mucho tiempo gozando de buena salud.

Durante el reinado de la casa Hohenstaufen (siglo XII), Sicilia conoce un auge insólito del helenismo en su versión filosófico-naturalística; los filólogos grecosicilianos, con el archidácono Enrique Aristipo a la cabeza, fueron los responsables de verter al latín los escritos de Platón, Aristóteles, Euclides y Ptolomeo. Cuando en 1266 la casa de Anjou pasa a regir los destinos de la isla esta tradición no se interrumpe, al contrario, se incrementa, el interés se dirige ahora a la medicina, los contactos directos con Bizancio, por su proximidad, se aprovechan para hacerse traer de Oriente valiosos manuscritos de Galeno e Hipócrates. En pleno siglo XIV uno de estos calabreses medio griegos, Leontius Pilatus, traduce la *Ilíada* y la *Odisea* para Petrarca y Bocaccio. Estas traducciones de Pilatos marcan el inicio de la larga serie de versiones humanísticas realizadas directamente del griego. Bien es verdad que desde un punto de vista técnico no se trata aún de traducciones excepcionales, pero sí que constituyen el primer intento serio, desde la Antigüedad, de acometer la difusión en Occcidente de la poesía griega. El hecho en sí significa que se trasciende ya el restringido ámbito del círculo monástico para plantear la necesidad de un conocimiento planificado y sistemático de los instrumentos adecuados para el conocimiento e interpretación de los textos antiguos. Leoncio Pilatos inaugura en 1360, en Florencia, la enseñanza del griego en una universidad occidental.

La enseñanza de Pilatos en Florencia no dio muchos resultados, lo que Bocaccio aprendió de él no fue nada del otro mundo: consiguió conocer el alfabeto, pero las citas en griego que aparecen en sus obras en latín indican un notorio desconocimiento del real manejo de esa lengua. Otros discípulos de Leoncio, como Domenico Silvestri o el franciscano Tedaldo della Casa parecen haber aprovechado mejor sus cursos. La actividad docente de Pilatos en Florencia fue en realidad un episodio con más simbolismo que resultados permanentes. Unos quince años más tarde (hacia 1375) el canciller de la

[12] Cf. la ed. del ms. de la B.N. de Nápoles VIII.B.10 por J. Martínez Gázquez, *Hystoria Barlae et Iosaphat*, Madrid, CSIC, 1997.

república florentina, Coluccio Salutati, sería el gran promotor de un renovado interés por los estudios griegos con resultados más duraderos, aunque él mismo no sabía griego y sólo aprendiera unos rudimentos al final de su vida, sin embargo fue un entusiasta de Homero, del que se había embebido a través de la insatisfactoria versión de Leoncio Pilatos. Salutati encomendó a un amigo suyo, Antonio Loschi, la mejora de esa traducción homérica y, a la vista del éxito de la traducción aragonesa de las *Vidas* de Plutarco encomendada por Fernández de Heredia, se embarcó en la revisión estilística de uno de los *Moralia* que le habían enviado desde Avignon. El disponer de buenas traducciones de autores griegos estaba ya convirtiéndose no solo en una necesidad intelectual sino también en una cuestión de prestigio en las pujantes sociedades urbanas de la Baja Edad Media europea. La visión de Salutati consistió en procurar el medio para que el precedente de los intentos académicos de Leoncio Pilatos cristalizara en una enseñanza de calidad. Así es como se fichó para la cátedra de griego en Florencia a un eminente bizantino: Manuel Crisoloras (1397) el intelectual más conspicuo del emperador Manuel II y cuyo magisterio señalaría realmente el comienzo de la tradición de los estudios humanísticos de griego en Italia y cuya traducción de la *República* de Platón vino a completar el conocimiento de Platón en la Europa tardomedieval; el manual de Crisoloras para la enseñanza del griego –los *Erotemata*– estaría vigente en todas las universidades europeas hasta bien entrado el siglo XVI. Unos jóvenes amigos de Salutati: Roberto Rossi y Jacopo Angeli da Scarperia (traductor de Plutarco al latín, *ca.* 1400), que estudiaron en Constantinopla, persuadieron allí a Crisoloras para que se viniera a Italia, mientras Salutati se encargó de convencer a la Signoria de dotar la cátedra. Rossi y Angeli fueron los más destacados traductores de griego en esta primera etapa prerrenacentista en la transición del Trecento al Quatrocento. Angeli tradujo al latín la mayoría de la obra de Plutarco y su versión latina de la *Geografía* de Ptolomeo fue la que difundió este *opus magnum* en toda Europa occidental. Rossi se centró, en cambio, en la traducción de Aristóteles. El círculo de traductores de griego en Florencia pronto se amplió a personajes como Poggio Bracciolini, Leonardo Bruni, Palla Strozzi y Pier Paolo Vergerio, de manera que a finales del siglo XIV el estudio del griego con una orientación humanística estaba firmemente arraigado en Florencia.

La serie de concilios de la primera mitad del XV, Pisa (1409), Constanza (1414-1439), Basilea (1431) y Ferrara-Florencia (1438-9), donde, sin éxito, se intentó llegó a una fórmula de entendimiento entre ambas cristiandades para aunar fuerzas frente al ya imparable hundimiento de

Bizancio ante el avance otomano, permitió un creciente contacto directo entre doctos latinos y griegos. Nicolás de Cusa, cardenal y filósofo, el primer pensador "moderno" del final de la Edad Media, formó parte de la embajada católica a Constantinopla (1437) que propició la más alta delegación bizantina que jamás hubiera visitado Occidente; comitiva compuesta por el emperador Juan VIII Paleólogo, el patriarca José II, metropolitas como Isidoro de Kiev, Besarión (futuro cardenal de la Iglesia romana), filósofos como el renovador Jorge Gemisto Pletón, gramáticos como Juan Arguirópulos y centenares de griegos más. En las discusiones del concilio de Ferrara-Florencia participaron, por parte occidental, doctos eclesiásticos como Ambrosio Traversari, autor de na nueva traducción del *corpus Dionysiacum* (1436), Leonardo Bruni, Guarino Guarini; impresionado por la elocuencia de Pletón, Cosme de Médicis fundó la academia platónica, donde enseñaría el mismo Pletón (1451); Arguirópulos (1487)[13] sentaría las bases de la filología griega en Italia y el gran Besarión[14] –*Latinorum graecissimus, Graecorum latinisssimus,* como diría de él años después Lorenzo Valla– asentado para siempre en su casa del Quirinal con una extraordinaria colección de manuscritos griegos, sería la personalidad que aglutinaría a los eruditos griegos y latinos y a la que se vincularían las esperanzas de aquellos intelectuales que ya nada tenían que hacer en un Bizancio moribundo.

Para encontrar algo similar al norte de los Alpes habría aún que aguardar hasta el último cuarto del siglo XV. Pero esto no significa que hasta entonces el griego fuera una materia desconocida, sino que su estudio solo había discurrido por otros derroteros y se había cultivado con una finalidad diferente. Efectivamente, después de época carolingia, poco es lo que se había hecho en Alemania, Suiza y los Países Bajos. Los estudios de griego en Saint Gall se habían prácticamente apagado después del siglo X y fue muy limitada la actividad en Alemania después del siglo XII. Durante el XIII, el fraile flamenco Guillermo de Moerbeke y su paisano, el franciscano Gerardo de Huy habían aprendido griego, pero lejos de su Flandes natal, en Roma. En Francia, el legado carolingio de los estudios del griego nunca llegó a extinguirse. No es que las bibliotecas monásticas francesas rebosaran de manuscritos griegos, pero nunca faltaron en Laon, Verdún, Corbie, Toul y Saint Denis; la mayoría de estos libros eran psalterios, algún glosario, colecciones de las epístolas paulinas; la mayor variedad y calidad de códices

---

[13] Cf. G. Cammelli, *I dotti bizantini e le origini dell'Umanesimo:* 1. *Manuele Crisolora;* 2. *Giovanni Argiropulo,* Florencia, 1941; 3. *Demetrio Calcondila,* Florencia, 1954.

[14] L. Mohler, *Kardinal Bessarion als Theologe, Humanist und Staatsmann,* 3 vols. Paderborn, 1923-1942.

griegos estaba en Saint Denis. La colección se inició en el siglo IX; Ludovico Pío, que había recibido como presente del emperador bizantino Miguel II el Tartamudo un ejemplar de las obras de Pseudo-Dionisio Areopagita[15], donado luego a Saint Denis, fue lo que estimuló –como hemos señalado antes– el estudio del griego en esta abadía hasta finales del siglo XVIII. El abad Hilduino inició la traducción latina de los escritos atribuidos al Areopagita, culminada, en la segunda mitad del siglo IX, en este taller de traducción, por una de las cabezas más lúcidas del medievo francés, Juan Escoto *Eriúgena*, o sea "retoño del Eire" que se instaló de por vida en la corte de Carlos el Calvo. La enseñanza del griego estaba ya totalmente organizada en el siglo XII, el más brillante en la historia de la abadía, y es entonces cuando se produce el gran aflujo de manuscritos procedentes de Bizancio de la mano de numerosos monjes enviados al Levante para esta misión, contactos que se mantendrán hasta bien entrado el siglo XIV, cuando el imperio se limitaba casi solo al territorio de Constantinopla.

En el resto de Francia la actividad, comparada con la desarrollada en Saint Denis, fue mucho más reducida. Durante los siglos XII y XIII, encontramos algo en Chartres. El evangeliario donado por Miguel VIII Paleólogo a Luis IX (1269) fue transliterado y traducido al latín; el estudio del griego se vio estimulado por el creciente interés por Aristóteles y por mejorar el conocimiento de la Vulgata comparada con la versión griega de los LXX, de manera que hacia finales del siglo XIII, en París, hay ya traducidos algunos tratados del estagirita y se estudia el texto de LXX en los círculos universitarios. Detrás de toda esta actividad se adivina el poderoso influjo de Roger Bacon y del *Liber Triglossos* –una gramática en verso de las tres lenguas bíblicas– de Gérard de Huy. La necesidad de profundizar en la exacta interpretación y fijación del texto bíblico fue el principal motor para el aprendizaje de las lenguas sagradas y la práctica rigurosa del arte de la traducción filológica. Los *Correctoria Bibliae,* manuales para la corrección y reinterpretación de lecturas problemáticas del Vulgata hacían inexcusable el aprendizaje del griego de la versión griega de los LXX y, por supuesto, del hebreo. Muchos de esos *correctoria* se atribuyen a Gérard de Huy y William de Mara, excelentes conocedores de la Biblia griega. De Mara, al igual que Roger Bacon, habían estudiado en París, así pues el núcleo originario de grecistas ingleses, pertenece, por formación, más a Francia que a Inglaterra.

---

[15]B.N. París. gr. 437; cf. H. Omont, "Manuscrit des luvres de S. Denys l'Arèopagite envoyè de Constantinople Louis le Dèbonnaire", *Revue des Etudes Grecques* 17 (1904) 230-236.

El conocimiento del griego en la Inglaterra bajomedieval no andaba muy lejos del que se tenía en Francia. La tradición sobre la presencia del griego en la remota Irlanda se reforzó a finales del siglo XIX con la "tesis irlandesa" de Traube[16] a propósito de una línea de aprendizaje del griego en monasterios de Escocia e Irlanda a partir de la presencia de monjes "griegos", es decir orientales. Al margen del componente legendario, no es menos cierto que en la época de Carlos el Calvo hubo "scotos" o irlandeses que sabían griego, como el ya mencionado Juan Escoto "el irlandés", el único capaz de leer el famoso manuscrito de Dionisio Areopagita y que tradujo para Carlos el Calvo. Juan Escoto escribió además un comentario sobre el evangelio de San Juan[17] y una obra con el título en griego περί μερισμοῦ (*De divisione naturae*). Durante el siglo XII, algunos ingleses aprendieron el griego en la Sicilia normanda, como Juan de Salisbury o Adelardo de Bath que, con la ayuda del docto almirante Eugenio de Palermo, fue responsable de una versión latina del *Almagesto* de Ptolomeo. Por la misma época otro inglés al que Enrique Aristipo dedicó su traducción latina del *Fedón* platónico –identificado erróneamente con Robert de Cricklade– estudió griego en Sicilia. El momento más brillante del conocimiento del griego en la Inglaterra medieval sería el siglo XIII, cuando Robert Grosseteste, obispo de Lincoln, impulsó estos estudios de manera hasta entonces desconocida en Europa procurándose la asistencia de griegos para participar en la traducción latina de literatura teológica y filosófica. Un arcediano del obispo Grosseteste, Juan de Basingstoke fue enviado a Atenas a estudiar y compiló una gramática (hoy perdida), la que sí se nos ha conservado es la realizada por Roger Bacon y es un modelo de dominio de la lengua[18]; Bacon, curiosamente no tradujo, se dedicó a la revisión del texto bíblico y a la crítica de las traducciones latinas del griego.

En Inglaterra fueron raros los manuscritos griegos durante la Edad Media; Canterbury, el Christ Church y el Grey Friars de Oxford, así como el Austin Friars de York albergaron algunos en sus bibliotecas. En la abadía de

---

[16] I. Traube, "*O Roma nobilis.* Philologische Untersuchungen aus dem Mittelalter". *Abh. München* 19 (1891) 299-396.

[17] Para Juan Escoto cf. *Jean Scot Frigone et l'histoire de la Philosophis,* Colloques Internationaux du Centre de la Recherche Scientifique, Paris, 1977, en especial la contribución de R. Le Bourdellos,"Connaissance du grec et mèthodes de traduction dans monde carolingien jusqu' Scot Frigone", *ibidem* pp.125-134.

[18] Cf. J.L. Heiberg, "Die griechische Grammatik Roger Bacons", *Byzantinische Zeitschrift* 9 (1900) 479-49; la ed. de E. Nolan - S.A. Hirsch, *The Greek Grammar of Roger Bacon and a Fragment of his Hebrew Grammar,* Cambridge, 1902, **revisada** por J.L. Heiberg, *Byzantinische Zeitschrift* 12 (1903) 343-347.

Ramsey, donde el prior Gregorio de Huntingdon fue un buen conocedor del griego, pudo estar primero el magnífico psalterio bilingüe griego-latín, que está se halla en el Corpus Christi College de Cambridge. A todo lo largo del siglo XIV existe en Inglaterra un puñado grupo de estudiosos, como Ricardo de Bury, John Erghom, Walter Burley que poseyeron libros griegos que irían a parar a algunas de las bibliotecas señaladas. La misma permanencia de un franciscano de origen cretense, Pedro Filargo, más tarde papa Alejandro V (1409-1410), como lector en Oxford (*ca.* 1370) nos indica que en el medievo anglosajón se albergaba algo más que un mero interés instrumental por la lengua griega.

Quizá resulte exagerado afirmar que en la Europa occidental del siglo XIV existiera ya toda una corriente prerrenacentista con un enfoque humanista de los estudios del griego. Pero lo cierto es que sí hay un punto de inflexión sumamente importante. En 1312 tiene lugar en la Viena francesa el concilio de su nombre –para dar la puntilla a los templarios– donde una de sus disposiciones[19] ordena el establecimiento de cátedras de griego y lenguas orientales (hebreo, árabe y siríaco [=caldeo]) en los cuatro *studia generalia* más importantes de Europa: Oxford, París, Bolonia y Salamanca, así como en la curia papal; cada cátedra debía de tener dos titulares por lengua, uno para enseñarla y otro para la práctica de la traducción. El canon dice explícitamente que "deben dirigir las escuelas, traducir febrilmente libros de esas lenguas, enseñarlas escrupulosamente y transmitir el conocimiento de las mismas con una diligente instrucción". Aunque el decreto no llegó a aplicarse plenamente, lo cierto es que revela la necesidad y medios que permitían tomar una iniciativa de esta naturaleza. El único lugar donde el decreto del concilio de Vienne se observó plenamente durante un cierto tiempo, fue en la corte papal de Avignon. La razón es clara, además de su importancia como centro cultural de la cristiandad, en la biblioteca papal existía un buen fondo griego suritálico donado por Carlos I de Anjou. En este contexto es donde Guillermo de Moerbeke (curtido misionero en Tebas y Nicea, llegó incluso a ser obispo de Corinto) desarrollaría su insigne labor de traductor al latín de Aristóteles y sus comentaristas[20] para su no menos célebre amigo Tomás de Aquino. Moerbeke tradujo además importantes tratados del neoplatónico Proclo: la

---

[19] Para el texto del decreto cf. *Corpus Iuris Canonici,* ed. E. Friedberg, Leipzig, 1881, vol. 2, canon 11, pp. 1179-80.

[20] uevas ediciones de las traducciones de G. de Moerbecke en el *Corpus Latinum Commentariorum in Aristotelem Graecorum,* Lovaina, 1957-1975; 1. ed. G. Verbeke *Temistio;* 2. ed. G. Verbeke *Ammonio;* 3. ed. G. Verbeke *Juan Filípono,* 4. A.J. Smet *Alejandro de Afrodisias;* 5. ed. A. Pattin *Simplicio.*

Elementatio theologica,[21] el *De fato, De providentia* y *De malo,*[22] comentarios al *Timeo* y al *Parménides*[23], incluida la primera parte del *Parménides* platónico. Estas traducciones, junto con las que del *Menón* y *Fedón* realizara Enrique Aristipo en la Sicilia normanda (de 1160 en adelante), ensancharon los horizontes de la vida espiritual e intelectual de Occidente en la Edad Media.

El móvil que había guiado a los padres conciliares de Vienne para decretar la enseñanza universitaria del griego, y más en la curia, era la formación de expertos capaces de leer directamente la teología oriental y poder así debatir con la Iglesia ortodoxa, además del objetivo primordial de facilitar la conversión del infiel mediante la predicación en lenguas orientales, como el árabe –aquí no podemos olvidar el decisivo papel de Raimundo Lulio– y potenciar la exégesis bíblica. La ofensiva papal hacia el Oriente griego requería asimismo intérpretes que acompañaran a las misiones en el Levante a la vez que la curia necesitaba de esos expertos traductores e intérpretes para discutir con las embajadas y visitas bizantinas a la corte papal. Estos contactos fueron especialmente intensos en los pontificados de Juan XXII y Clemente VI. El contacto era mutuo: viajes de occidentales a Bizancio y de bizantinos a Occidente; fue notable la presencia de clérigos griegos en Avignon lo que facilitó la familiaridad con la lengua aunque no siempre hubiera por parte del magisterio ocasional de estos últimos una gran altura filológica. Pero sí hubo casos excepcionales, como el de Barlaam de Calabria, prior (higúmeno) del monasterio de Acatalepto en Constantinopla que formó parte de las comisiones para la unión de las Iglesias; Barlaam, gran polemista e enfrentó a la corriente hesicasta y acabó convertiéndose al catolicismo, en Avignon fue maestro –sin mucho éxito– de Petrarca (1342) y su interés, además de por la teología, discurría por la astronomía (fue autor de sendos tratados sobre eclipses y astrolabios[24]). Otro notorio bizantino de Avignon fue Simón Atumano que enseñó los trágicos (1348) y tradujo para el cardenal Pedro Corsini el *De ira* de Plutarco (1371). En la corte papal de Avignon, el aragonés José Fernández de Heredia[25], gran maestre de la orden de San Juan

---

[21] Ed. de C. Vansteenkiste, en *Tijdschrift voor Filosofie* 13 (1951) 263-302 y 491-531.

[22] Ed. de H. Boese, *Procli Diadochi Tria Opuscula,* Berlín, 1960.

[23] Ed. de R. Libansky - C. Labowsky en *Plato latinus,* vol. 3, Londres, 1953

[24] Ed. de J. Mogenet - A. Tihon - D. Donnet, *Barlaam de Seminara. Traites sur les Eclipses de soleil de 1333 et 1337,* Lovaina, 1977.

[25] Nace en Munebrega, Zaragoza, 1310; muere en Caspe, 1396. Sobre el descubrimiento de Plutarco y, en particular, su importancia en la labor de Fernández de Heredia, cf. R. Weiss, "Lo studio di Plutarco nel Trecento", *La Parola del Passato,* 32 (1953), 321-342, re

en Rodas, y consejero del papa Inocencio VI, organizaría allí un verdadero estudio de griego. Heredia, con buenos contactos en Grecia y un convencido de la utilidad moralista de la historia se hizo traer un griego, Demetrio Talodiqui, sufragáneo del arzobispo de Colossi que le ayudó en la traducción aragonesa de la *Vidas* de Plutarco, de una selección de los discursos de Tucídides, de una *Crónica troyana,* de atribución dudosa pero muy similar en lenguaje a la selección de Tucídides y que completa su finalidad moralizante,[26] otra selección de la *Crónica* de Zonaras[27], sin faltar una versión de la *Crónica de Morea.*[28] La extraordinaria labor intelectual de Fernández de Heredia, favorecida por la presencia de la Corona de Aragón en Grecia y el propicio ambiente humanista de la corte de Juan I de Aragón no tuvo su correlato en el conjunto de la Península, donde el interés por el griego fue casi nulo. Arnaldo de Villanova, a principios del siglo XIV disponía de algunos manuscritos griegos en su biblioteca y su coetáneo Raimundo Lulio era muy consciente del valor instrumental del griego y otras lenguas orientales para la actividad misionera, llegando a fundar en Mallorca una escuela de lenguas. Lulio, el *doctor illuminatus,* fue el principal impulsor del "canon de lenguas" en el concilio de Vienne

Dentro de esta apresurada panorámica sobre las andanzas del griego por la Europa medieval, creo que puede resultar de interés el detenerme, aunque sea someramente al caso de la Península Ibérica.

El objetivo de Justiniano (527-565) cuando emprende su reconquista de la parte occidental del para entonces prácticamente perdido imperio fue arrebatar Hispania a los visigodos y suevos[29], Italia a los ostrogodos y África a los vándalos. El resultado fue desigual y precario, más tarde, el emperador Heraclio (610-641) abandonará definitivamente el sueño de reconstruir el imperio romano.

En la Península la tradición hispanorromana reafirma su catolicidad mediante su adscripción a la cultura latina frente a los godos arrianos, carentes de una tradición cultural parangonable con la clásica[30]. Esta actitud, incipiente en San Leandro de Sevilla es manifiesta en San Isidoro. Pero se trata, todo lo más de cultura latina, y que recoge, solo filtrada e indirectamente, la herencia

---

producido en Weiss *op. cit.* (1977) pp.204-226; A. Egido- J.M» Enguita (eds.), *Juan Fernández de Heredia y su Epoca,* Zaragoza, 1996.

[26] Se encuentra en el mismo ms. del Tucídides romanceado, B.N. Madrid 10.801.

[27] *Crónica de los Emperadores,* ms. 10.131 B.N. Madrid.

[28] *Libro de los hechos y conquistas del Principado de Morea,* ms. 10.131 B.N. Madrid.

[29] Aunque ni una sola fuente bizantina se haga eco de ello.

[30] M.C. Díaz y Díaz "La penetración cultural latina en Hispania en los ss. VI-VII" en *De Isidoro al s. XI. Ocho Estudios sobre la vida literaria peninsular,* Barcelona, 1976, p. 13.

griega. El material clásico de Braulio de Zaragoza procede de San Agustín o de San Jerónimo. Carecemos de la información suficiente para conocer el alcance de las bibliotecas que pudieran existir en la Hispania visigoda, algunas debieron ser notables –como la o las de Toledo en materia jurídica, que servirían de base para la redacción y revisiones sucesivas de la *Lex Visigothorum,* por otra parte los libros viajaban y el préstamo de manuscritos estaba muy extendido. No obstante la selección, por razones religiosas y prácticas, era enorme. San Isidoro ya prescribía que los monjes debían guardarse de leer libros paganos y herejes; más valía ignorar sus perniciosas sentencias que caer, por conocerlas, en las ataduras del error. Asimismo los gramáticos son preferibles a los pensadores herejes que, en su obsesión por persuadir, brindan apetecible el veneno de su error. De la cultura antigua pues poco cabe esperar más allá de su papel auxiliar y propedéutico para cimentar una auténtica cultura cristiana. No debe extrañar así que los autores cristianos fuesen los mejor representados en estas bibliotecas y en el préstamo y circulación de libros. La literatura patrística griega no fue así desconocida, pero convenientemente traducida al latín; las obras de Orígenes, Eusebio de Cesarea, Juan Crisóstomo o Evagrio Póntico circularon pronto y fueron estimadas en la Península. Los lazos entre el oriente griego e Hispania en el siglo VI fueron múltiples y relativamente estrechos, y aún se mantuvieron en el primer tercio del VII;[31] esta situación bien pudo propiciar algunos contactos directos entre la Península y Bizancio, sin llegar nunca a existir una fuerte presencia bizantina en la Península. En todo caso no parece que haya sido muy abundante el trasiego de libros griegos en la Península durante la Alta Edad Media; hay constancia de traducciones realizadas en Hispania ciertamente interesantes en relación con la medicina, se trata de un Oribasio y un Rufo de Éfeso[32]; Curiosamente en el Noroeste peninsular, la zona de presencia sueva, bajo el influjo del apóstol de los suevos, Martín, arzobispo de

---

[31] Cf. P. Goubert, "L'Espagne Byzantine. Influences Byzantines sur l'Espagne Wisigothique", *Revue des Études Byzantines*, 4 (1946) 111-133; H. Schlunk, "Relaciones entre la península Ibérica y Bizancio durante la Época visigoda", *Archivo Español de Arqueología* 18 (1945) 177-204 y, en general, E.A. Thompson, *Los godos en España,* (trad. de J. Faci) Madrid, 1985, pp. 365-383. Una buena puesta al día sobre la presencia bizantina en Hispania es el trabajo de S. Ramallo - J. Vizcaíno, "Bizantinos en Hispania. Un problema recurrente de la arqueología española", *Archivo español de arqueología,* 75 (2002) 313-332.

[32] Se trata del *Parisinus B. N. lat. 10233 + Bernensis Stadtbibliothek F. 219.3 (CLA 592);* también hay un Hipócrates, *Parisinus B. N. nouv. acq. lat. 203 (CLA 676)* y un códice con tratados médicos en latín, el *T. 4.13 B Hunteriana,* Glasgow; cf. A. Bravo "Aspectos de la cultura griega en la Península Ibérica durante la Edad Media", *Euphrosyne* 17 (1989) 361-372.

Braga (*ca.* 580), un tal monje Pascasio de Dumio tradujo de unas *Vitae patrum graecorum* con el nombre de *Liber Geronticon*[33]. El propio Martín de Braga había viajado a Tierra Santa y visitado Constantinopla (como Juan de Biclaro)[34] antes de la fundación del monasterio de Dumio y compilado una colección de *Sententiae Aegyptiorum,* así como una traducción de los cánones griegos[35]. La obra principal de San Isidoro, las *Etimologías (Origines)*[36] es una panoplia de la ciencia y el conocimiento antiguos destinada a influir poderosamente en todo el medievo occidental. Isidoro, como un nuevo Varrón, dio entrada en los veinte libros de su enciclopedia, al *trivium* y el *quadrivium,* a la medicina, al derecho, la historia, la filosofía, la zoología, la geografía, artes del libro, técnicas de construcción, agricultura, metalurgia, etc., etc. siempre partiendo del estudio del vocabulario. Como en sus correlatos antiguos, este *opus magnum* depende en gran medida de la ciencia griega a través, por lo general, de la transmisión latina. Pero Isidoro conserva muchas cosas estrictamente griegas, como la inclusión de palabras griegas para la mayoría de los étimos en medio del contexto latino, así como la exposición del alfabeto griego al comienzo de la obra con la interpretación de sus letras según la doctrina de las *litterae mysticae,* lo cual, junto al encomio de la lengua griega como una de las *tres linguae sacrae* de las Escrituras –concepto típicamente medieval desarrollado a partir de la idea agustiniana de las *tres linguae principales–,* le lleva a una utilización del griego que implica un cierto grado de familiaridad y conocimiento del mismo.

Lo poco o mucho que hubiera de códices griegos o de traducciones latinas de factura hispana no sobrevivió más allá del siglo VIII o IX, los manuscritos señalados se hallarían por esa época en Al-Andalus y en los siglos posteriores, las escasa huellas con "síntomatología clásica" que aparecen en Pedro Alfonso (*Disciplina clericalis*) son tópicas referencias a filósofos griegos como las que pueden hallarse en Chaucer, Bocaccio, don

---

[33] Migne *PL* 73. 1025-1062; nueva ed. en J.G. Freire, *A verso latina por Pascísio de Dume dos Apophthegmata Patrum,* 1.2, Coimbra, 1971 (1, pp.159 ss.: *Liber Geronticon de octo principalibus vitiis*).

[34] Ed. de J. Campos, *Juan de Biclaro obispo de Gerona, su vida y su obra,* Madrid, CSIC, 1960. El biclarense permaneció varios años en la *Urbs regia,* durante los reinados de Justiniano y Justino II, pudo allí conocer a Procopio, Juan de Efeso, Juan Malalas y Evagrio Escolástico y según el testimonio de Isidoro de Sevilla era "graeca et latina eruditione nutritus", Isidor *De vir. ill.* 31 (ed. C. Codo–er, Salamanca 1961).

[35] Ed. de C.W. Barlow, *Martini episcopi Bracarensis opera omnia,* New Haven, 1950, pp. 30-51 para la Sentencias y pp. 123-144 para la colección de Cánones.

[36] Ed. de J. Oroz Reta - M.A. Marcos Casquero, *San Isidoro de Sevilla. Etimologías,* Madrid, BAC, 2 vols. 1983.

Juan Manuel y hasta en Cervantes. En los siglos XIV y XV, por influjo italiano, a través del reino de Aragón, se podían leer aquí una *Ilíada* romanceada quizá por un hijo del marqués de Santillana[37], un *Fedro* un *Axíoco* platónicos, traducidos por Pedro Díaz de Toledo de la versión latina de Leonardo Bruni.

La primera versión castellana de la *Ilíada* (*ca.* 1446-1452)[38] solo consta de los cuatro primeros cantos y del décimo, y depende de la traducción latina del humanista lombardo Pier Candido Decembrio, más una parte del noveno[39], para el que sigue la traducción de Leonardo Bruni. La llegada a Castilla del Homero latino de Decembrio se debió a la petición que el propio Juan II dirigió al humanista lombardo a través de Alfonso de Cartagena y que el traductor dedicó al rey[40], ofreciéndole además su oficio para poner en las regias manos una futura traducción de Platón que nunca llegó a realizarse. Los avatares de esta traducción son interesantes y significativos; Juan II no la mandó romancear, quizá porque su ejemplar se lo pasó a don Íñigo López de Mendoza o bien este se había procurado por su cuenta otro ejemplar[41], sea como fuere, lo cierto es que la versión de Decembrio terminó en manos del Marqués de Santillana quien encomendó la traducción castellana –como acabo de señalar– a su hijo don Pedro González de Mendoza, futuro Gran Cardenal, a la sazón estudiante aún en Salamanca (entre 1446 y 1452). Las consideraciones del Marqués a su hijo para romancear a Homero condensan la filosofía de la versión de los clásicos a la lengua vulgar:

> "Bien sé yo agora que [é] diredes que la mayor parte o quasi de la dulzura o grandiosidad quedan y retienen en sí las palabras y vocablos latinos [é] porque los libros así de la Sacra Scriptura, Testamento Viejo y Nuevo, primeramente fueron scriptos en hebrayco que en latín, e en latín que en otros lenguajes que hoy se leen por todo el

---

[37] P.M. Cátedra, "Sobre la biblioteca del Marqués de Santillana la *Ilíada* y Pier Candido Decembrio", *Hispanic Review* 51 (1983) 23-28; P. Saquero - T. González Rolán, "Sobre la presencia en España de la versión latina de Pier Candido Decembrio. Ed. de la *Vita Homeri* y de su traducción castellana", *CFC* 21 (1988) 319-344; G. Serés, *La traducción en Italia y España durante el siglo XIV. La "Ilíada en romance" y su contexto cultural,* Salamanca, 1997.

[38] Conservada en el ms. AD 21245 de la British Library.

[39] Los parlamentos de Ulises, Aquiles y Fénix, vv. 222-605).

[40] Copia de esta dedicatoria es transmitida por el ms. J 235 (ff. 21r-22v) de la Biblioteca Ambrosiana de Milán, ed. por G. Serés *Op. cit.* pp.56-59.

[41] González Rolán - Saquero, *Op cit.* (1988) 319-325, sostienen que a mediados del s. XV había en España al menos dos mss. con la trad. latina de la *Ilíada* y la *Vita Homeri.*

mundo para doctrina e enseñanza de las gentes [é] Ca difícil cosa sería agora que, después de assaz años e no menos travajos, yo quisiese [é] porfiar con la lengua latina [é] e aprendiesse las letras griegas [é] e pues (como) no podemos aver aquello que queremos, queramos aquello que podemos e si carecemos de las formas, seamos contentos de las materias [é]. Vos ruego vos dispongades lo passedes (Homero) de la lengua latina al nuestro castellano idioma."

Estas palabras del Marqués de Santillana expresan a las claras la idea medieval de que el *sermo vulgaris,* el romance, no puede recoger la propiedad, exactitud y perfección del latín y otras lenguas clásicas, por añadidura sagradas en la medida que son también vehículo de las Escrituras. El párrafo es un manifiesto de la toma de conciencia del valor sistematizador y ordenador de la lengua vernácula que requiere de la regularidad y orden interno del modelo de las lenguas clásicas. Estamos ya ante la misma mentalidad y conciencia lingüística que inspirará poco después (1492) la *Gramática* de Antonio de Nebrija.

La traducción parcial de Homero por Pier Candido Decembrio obedece a la preocupación por el fenómeno del hecho traductor en sí que tienen los pioneros humanistas: el propio Decembrio, Coluccio Salutati, Guarino Guarini, Leonardo Bruni, Poggio y Crisoloras, teorizaron todos ellos sobre la traducción. Todos ellos se esforzaron por cambiar la herencia medieval de las *interpretationes, conversiones,* paráfrasis, *explanationes, translationes, aemulationes,* etc., modalidades de la "traducción", noción que Bruni fue el primero en definir tal y como hoy la entendemos[42]. Con todo, ninguno de ellos, ni Decembrio, ni Bruni a la cabeza, se libran de las contradicciones de la tradición medieval; por una parte predican la versión *recta* y, por otra, el verter *verbo ad verbum,* método adecuado para los textos sagrados –como San Jerónimo, que lo acabó a sumiendo como un mal menor , pero en contadas ocasiones se alejan de la literalidad, porque esta sigue siendo sinónimo de fidelidad al modelo clásico y mejora el predomino de la glosa y la amplificación de las versiones medievales, con lo cual, al "traducir"(*traducere*), o sea con la *traductio nova* –como afirma Bruni, el primero en acuñar el término– se acerca y fuerza a la lengua de salida a reflejar, en la medida de lo posible, el texto de partida, que es lo importante.

---

[42] Puede verse la versión castellana realizada por A. Guzmán de Leonardo Bruni, *De interpretatione recta* (1440) en M.A. Vega (ed.), *Textos clásicos de teoría de la traducción,* Madrid, Cátedra, 1994, pp. 94-104. Para la ed. de Bruni cf. H. Baro, *Leonardo Bruni Aretino. Humanistisch-Philosophische Schriften,* Leipzig, 1928, en especial pp. 75-80.

El neologismo es revelador, la designación tradicional desde la Antigüedad era *transferre, transvertere, interpretari* u otros sinónimos; pero se trataba de conceptos que no satisfacían a la nueva mentalidad de los primeros humanistas. El *transferre,* típicamente medieval, con su obediencia a la literalidad (determinada por el carácter sagrado de las Escrituras) era sentida como una pesada servidumbre que ofendía la estética del latín clásico que comienza ahora a admirarse como un valor en sí. El *transducere* incluía pues una libertad; la libertad de intentar igualar o, al menos aproximarse, a la forma del modelo antiguo, clásico. Ante un autor como Homero, modelo y espejo de tantas cosas por ser considerado a un tiempo poeta, historiador y filósofo, la tarea de la traducción se vuelve mucho más ardua. Decembrio, por ejemplo, tampoco pudo escapar a la inercia de la *paráfrasis,* método usado para la poesía profana, ni del método intermedio tendente a trasladar la *veritas* de los textos filosóficos.

Con todo, el nuevo concepto de la "traducción" de los primeros humanistas tardomedievales se presenta como sustituto del anterior *modus interpretandi,* lo cual supone no sólo una nueva visión y método del fenómeno de la traducción, sino una necesidad de obligar a la lengua de salida (latín o romance) a una *proprietas verborum,* y a conseguir el progresivo dominio de la lengua de salida, partiendo de un correcto aprendizaje y dominio de la lengua clásica de que se trate y de la compenetración con los textos y la calidad de los mismos. Lo mismo que la minúscula carolingia se consideraba anticuada y se abandonaba en arquitectura la ventana abocinada o el arco de medio punto, propios del románico, se empiezan a ensayar formas nuevas de comprensión de los textos. O sea, que se está cumpliendo lo que bien expresaba el Marqués de Santillana al afirmar que *si carecemos de las formas, seamos contentos de las materias,* esto es, "como no entendemos el original, hay que captar el sentido de lo que nos dicen los antiguos", para lo cual se requiere que alguien, con la suficiente preparación traslade o traduzca la sustancia del mensaje disciplinando con la forma (= fijación gramatical) al idioma propio (en este caso *el castellano idioma*). Es decir, está naciendo la filología como ciencia. Sin embargo, pese a todo, el bueno de Decembrio es enteramente honesto, se lamenta resignado de no poder transmitir los altos valores del original homérico; le domina la decepción por tanto intento fallido de su parte. Sus quejas recuerdan –una vez más– a las que Santillana expresa en el fragmento citado de la carta a su hijo; la diferencia es que Decembrio sí sabe latín y griego y eso le consuela, pues puede disfrutar de la forma homérica como lector y estudioso; Santillana solo conocía los ecos, pero ya fuera por insuficiencia de su conocimientos, ya por un dominio relativo del

latín, Decembrio se resigna, con modestia, a que su traducción sea insuficiente pero "útil y fiel a la hora de transmitir a sus caballeros lectores la "sustancia", la *"materiaésalva verborum dignitate"*.

Se ha barajado la hipótesis de que el correlato de la *Ilíada* romanceada, el *Homero romanceado* de Juan de Mena, pudiera haberse inspirado en la traducción de Decembrio[43], pero lo más probable es que la versión fuera fruto del ambiente del círculo erudito salmantino y de su estancia en Italia, lo que no descarta que tuviera acceso al mismo Decembrio. En todo caso el original traducido por Mena es la *Ilias latina,* un resumen medieval de gran fortuna, con fines didácticos que venía de lejos: las *Periochae in Homeri Iliadem et Odisseam,* atribuidas a Décimo Magno Ausonio (siglo IV). La *Ilíada* desde la Baja Antigüedad y durante toda la Edad Media no se conoció a través del original sino de todo un conjunto de resúmenes, refundiciones, paráfrasis, etc. de tema homérico y troyano. La *Ilias latina,* a partir de los siglos XI-XII, se integró en los *Libri Catoniani*, una especie de antología de textos básicos para uso escolar. La versión de Mena se caracteriza por los frecuentes latinismos (*impiger Atrides,* el *impígero* Atrides; *aetneos ignes,* los fuegos *adneos,* etc.); construcciones latinas como el uso del participio de presente con valor de adjetivo (*merentemépatrem,* el *meresciente* padre; *iuvenemque vomentem sanguinem luctus,* al mancebo Héctor, *vomitante* las ondas de sangre); la contaminación con glosas que no forman parte del texto: *bellum ingens,* la batalla ingente es a dezir grande; *caterva,* caterva es a dezir compaña); el uso de la hendíadis (*proceres,* pro eres e grandes ombres; *thalamos,* tálamos o lecho; *gemebundus,* gemebundo e quexoso). Rasgos todos típicos de la expresión medieval.

No muy distinta es la fortuna de la historiografía clásica en la España de los siglos XIV y XV, salvedad hecha del caso especial del maestre Fernández de Heredia. El conocimiento de los historiadores antiguos en España se limitó a las traducciones latinas, de Lorenzo Valla, de Perotti y de Guarino, por las que se leyó parcialmente –si es que se leían– a Heródoto, Polibio, Estrabón, autores de los que sí hay ecos en la obra histórica de Rodrigo Sánchez de Arévalo (*Compendiosa Historia Hispanica*). Joan Margarit (n. *ca.* 1421), un historiador de cierta originalidad que vivió en Roma, no parece que supiera griego, pero sí que se desvivía por dar un color de erudición "helénica" en su *Paralipomenon Hispaniae,* que rebosa de

---

[43] Morel-Fatio, "Les deux 'Omero' Castillans" *Romania* 25 (1896) 11-129, pero G. Serés, "La *Ilíada* y Juan de Mena: de la «breve suma» a la «plenaria interpretación»", *Nueva Revista de Filología Hispánica,* 37 (1989) 119-141. La trad. de Mena nos ha llegado en varios mss. e impresa (1519) por Arnao Guillén de Brocar en Valladolid.

referencias a Eratóstenes, Hiparco, Eudoxo, Timeo, etc.; el cotejo y rastreo realizado por R. B. Tate[44] de las posibles fuentes originales viene a demostrar que simplemente se trata de referencias *auctoritatis* sin la menor confirmación de que realmente hubiera accedido a los textos. En cambio, como ha señalado A. Bravo[45], hubo intelectuales que, como Alfonso García de Santa María, escribieron en latín y tuvieron relación con personajes de la talla de Bruni y Decembrio, pero esto no dejan de ser casos excepcionales. En resumidas cuentas, el conocimiento del griego en la Península durante el medievo fue muy escaso y, salvo en el período altomedieval, infinitamente menor que en otros lugares de Europa.

Conclusión

En esta, por fuerza, somera hojeada sobre los avatares de la cultura medieval a través del conocimiento del griego, creo que, en esencia, se ha podido percibir que, a medida que el centro de interés por los escritos de Dionisio Areopagita, por la Biblia, la patrística y la teología fueron difuminándose, tuvieron que competir con la épica, el drama, la historia, la retórica de la Grecia antigua. A medida que se va descubriendo el pensamiento antiguo, la necesidad del aprendizaje sistemático del griego se impone, abre una nueva mentalidad, digamos filológica, que reclama sin embargo su legitimidad en el concepto jerónimo de *vir trilinguis*. En efecto, el nuevo san Jerónimo será ya un hombre del Renacimiento, como Erasmo y Reuchlin. Una vez que la catástrofe ineludible de 1453 dio cuenta del milenio bizantino, y la Nueva Roma pasaba a otras manos, la confrontación entre Roma y Constantinopla, entre griegos y latinos, no existía ya, el conocimiento del griego con el valor que había tenido en la Edad Media desaparece, su puesto lo ocupa la búsqueda de una Grecia antigua, evocada, apenas percibida en los siglos medievales. El estudio de la antigüedad grecorromana como fundamento cultural e ideológico de las necesidades de una nueva sociedad pronto eclipsará la labor callada de los doctos medievales que, sin una real solución de continuidad, mantuvieron vivo el estudio de los textos griegos y el c ltivo de la lengua. La mirada de los occidentales, deslumbrada por el brillo de los mármoles y cánones estéticos del Renacimiento, correlato de la fascinación por la literatura clásica relegarán pronto a las sombras el

---

[44] R.B. Tate, "El manuscrit i les fonts del *Parlapipomenon Hispaniae*", *Estudis Romanics,* 4 (1953-54 [1957]) 107-137.

[45] A. Bravo, "Apiano en España: Notas críticas", *Cuadernos bibliográficos,* 32 (1975), 1-11 y "Sobre las traducciones de Plutarco y de Quinto Curcio Rufo hechas por Pier Candido Decembrio y su fortuna en España", *Cuadernos de Filología Clásica,* 12 (1977) 143-185.

infatigable trabajo de los eruditos del Medievo en ese falaz *graecum est, non legitur* que aquí he intentado rebatir.

OCCURRENCES AND VICISITUDES OF THE GREEK LANGUAGE IN THE WESTERN MIDDLE AGES.

This article studies the survival of Greek in the Western Middle Ages. In spite of the traditional opinion which considered Greek forgotten during the Western Middle Ages, the fact is that it survived, with varying intensity and fortune, in certain monastic and courtly spheres in different areas of Europe. The diverse ways in which medieval mentality approached the study of Greek are also studied, together with the interest in the works received in that language, and whose knowledge progressively spread out in Europe. This implies an analysis of the different ways of understanding the texts of Antiquity and the problem of translation. The view here portrayed is essential to understand how the continuity in the transmission of this knowledge paved the way for Renaissance Humanism.